

363. Considera, cristiano, para entender algo de esta pena: considera, digo, á una princesa, hija de un rey, muy querida de su padre, adorada de su marido, regalada de sus hijos, asistida de sus amigas, que estando aplaudida y venerada de todos estos, de repente se encontraba con todos ellos muertos, afrentados y despedazados, y sola ella, sin que hubiera criatura alguna en el mundo que la consolase; ¿qué digéramos de la pena de esta señora? Digéramos que era milagro que no se cayese muerta entre ellos. Pues di tú eso mismo de esta gran Señora, para quien era Padre aquel divino Señor, y Padre que la estimaba mas que cuanto habia criado: era su Esposo y Esposo que la amaba con tanto amor, que el de todos los esposos que ha habido y habrá en el mundo, para sus esposas, es nada en comparacion suya: era su Hijo, é Hijo que no solo la veneraba, sino que la hacia adorar de los mismos ángeles: era Amigo, y Amigo que valia por infinitos amigos, que la regalaba y favorecia, no con favores y regalos de la tierra, si con singularísimas mercedes y favores del cielo, que el menor excedia todo encarecimiento; y finalmente sobre todo, era su verdadero Dios y Criador, a quien conocia digno de infinita reverencia y amor, y ahora se halla con este Señor muerto en sus brazos, despedazado, desollado, afrentado y consumido con indecibles tormentos. ¿Qué dirémos? Que es un gran milagro de la omnipotencia divina el que viva abrazada con el cuerpo santísimo. Y finalmente para que quedes con algun punto en la memoria sobre que puedas pensar, considera á María santísima en este amargo y doloroso paso. Atiende á lo que pasa en su corazon: mira á su alma santísima, en quien, como en un clarísimo espejo, se representaba, por medio de sus dolorosas consideraciones, toda la pasion y muerte de su Hijo santísimo. En ella se veian las cadenas y sogas: en ella las puñadas y golpes: en ella los pescozones, las bofetadas, salivas, oprobios, afrentas y vituperios: en ella se veian todas las heridas del Señor: en ella las espinas, los clavos, la caña, la hiel y la lanza; y en ella finalmente se miraba un teatro de todos los tormentos, penas y dolores del Hijo, y una viva y expresa imágen de su muerte. Mira una alma tierna y amante: con todo esto dentro de sí, ¿de qué suerte estaria?

364. Considera cómo aquellos santos varones pidieron licencia á la sacratísima Virgen para amortajar el cuerpo san-

tísimo; y lo primero le quitaron la corona de espinas, y con gran dificultad, por estar muy encajada; y al ver tantas heridas en aquella divina cabeza, les partia de dolor los corazones, y derramaban muchas lágrimas. Diéronle á nuestra Reyna los clavos y la corona (dice el Metrafraste,) y su Magestad los adoró con profunda reverencia, los guardó como herencia y patrimonio, que en la tierra heredaba de su Hijo santísimo. Mira lo que le deja á su Madre en este mundo de cuanto en él ha criado, espinas, clavos y cruz: esta es la herencia de los justos en esta vida, y esto es lo que el Señor les deja: no busques tú otra cosa miétras estuvieres desterrado. Considera cómo luego empezaron á lavar el santísimo cuerpo: pon cuidado, y verás lo que va descubriendo el agua: va quitándole la sangre, las salivas, y muchas partes de la piel santísima se arrancan. Ya aparece aquel diviuo cuerpo tan llagado y tan desollado, que se veian los huesos limpios, las costillas descubiertas y blancas, entre la carne denegrida; tan hinchado y tan descoyuntado, que ponía grima y espanto á los mismos que lo lavaban. Dice San Anselmo, que ocurrió á este espectáculo San Juan, y daba tristes y lamentables suspiros. Ocurrió San Pedro, y llorando sin consuelo, repetia muchas veces: ¡O Señor y Maestro de mi alma! Tanto habeis padecido por mí, pecador, que os negué delante de vuestros enemigos. Ocurrió la Magdalena con las Marías, hechas un mar de lágrimas; y ocurriéron otros muchos, y todos lloraban tan amargamente, que dice el mismo Santo, que no pudiendo reprimir el llanto, daban tales gritos, que resonaban en todo el monte. El aire se llenaba de suspiros, y la tierra se regaba con muchas lágrimas; que eran tantas, que ellas, sin mas agua, fueran bastantes á lavar todo el santísimo cuerpo. ¿Y quién no reventará de dolor, viendo por delante un tan horrendo estrago? Mas, ¡ó miseria mia, digna de ser llorada, que lo estoy imaginando presente, y mis ojos estan secos, y duro mi corazon como un pedernal! No obstante, perseveremos en mirarle, que por último, el Señor usando de sus misericordias, como misericordiosísimo Padre, nos dará la compuncion, el dolor y compasion, para que le acompañemos con los demas que le acompañan llorando.

365. Considera cómo habiéndole lavado, le ungen y cubren todo con aquellos unguentos de mirra y aloe, y luego

le cubriéron con aquel lienzo limpio y nuevo, y le taparon el rostro con un sudario. No pases ligeramente por estas santas ceremonias, ni pares precisamente en llorar tanta lástima: saca el fruto que pudieres para tu alma. Lloraban aquellos santos viendo tanta máquina de llagas y heridas como se descubriéron en aquel santísimo cuerpo lavado: lava tu alma, y tú verás despues de haberla lavado lo que descubres en ella de señales y heridas mortales, que ántes estaban solapadas con las inmundicias de tus culpas, y habiéndolas descubiertas, no te contentes con llorarlas: aplícales la mirra y aloe de la amarga penitencia, y esta no la dejes descubierta de forma que pueda verse: cúbreala con la sábana nueva y limpia; con la nueva vida, tegida de nuevos propósitos, de nuevos egercicios, y tambien de buena y santa intencion.

366. Considera cómo amortajado el Señor, segun medita San Agustín, y puesto en el féretro, se llegaron todos los presentes; y besando con gran ternura y reverencia aquellas divinas plantas, considerando sus caminos, y lo mucho que habia caminado y trabajado en busca de las almas, y lo mal que se lo habian pagado, pues por tan grandes beneficios le habian dado una muerte tan afrentosa con bárbaros y crueles tormentos; meditando esto, lloraban, no ya de puro dolor, sino de una tierna devocion que en sus almas sentian con tan grande fragancia, dulzura y suavidad que percibian besando los divinos piés, que el llanto que ántes procedia de amargura, ahora era causado de un inefable consuelo y devocion que todos sentian. ¡O benignísimo, mansísimo, piadosísimo Señor de nuestras almas, y cuán grande es vuestra bondad! Aquí se conoce, amabilísimo Señor, que vos sois aquel leon muerto, que ya difunto le ofreció á Sanson, que era quien le habia muerto, aquel dulce panal de miel. Los hombres os quitaron la vida, fuertes y robustos en sus maldades; y vos, clementísimo Redentor, así que los veis arrepentidos á vuestras plantas, los llenais de dulzuras y suavidades. ¿En dónde está aquí el enojo? ¿En dónde la indignacion contra los pecadores que os han quitado la vida? Juntáronse contra vos los Judíos y el infierno; y con lo mismo que procuraron irritar vuestra paciencia, con eso os volviéron mas dulce que la miel para las almas arrepentidas. Cristiano, si te hallaras abrazado con aquellas divinas plantas, y sintieras aquella fragancia y suavidad, ¿qué digeras? ¿Este es aquel Señor que parecia leproso, aquel tan despre-

ciado de los hombres, que le escupian en la cara? ¿Este es aquel que arrastraban y pisaban los pecadores? ¿Así huelen aquellas salivas, aquellos cardenales, aquellas llagas y heridas? ¿Este es aquel á quien maldecian, y á quien como reprobado y maldito condenaron con los dos ladrones? ¿Así huelen y exhalan tanta fragancia y suavidad esas ignominias, esos clavos y esa cruz? Sí, alma, así huele en la muerte lo que tanto amargaba en la vida: todo aquello se convirtió en suavidad y dulzura. ¿Tuvieras tú ánimo para apartarte de aquellos piés, y dejarlos? ¿No te estuvieras abrazado con ellos toda tu vida? Sin duda dirás que sí; y es, porque huelen y confortan tu alma con la suavidad y fragancia que despiden. De esta forma yo tambien me estuviera; pero conozco que no es lo mas perfecto: lo que debemos hacer es abrazarnos con su cruz y trabajos, y guardar para la muerte las dulzuras.

367. Considera cómo cogieron en hombros al Señor, y le cargaron para llevarle al sepulcro, que como dice Adricomio, distaba del monte Calvario ciento y ocho piés. No faltés á esta procesion, que fué la mas lastimosa de cuantas el mundo vió, ni verás. Seguia la santísima Virgen á su divino Hijo muerto, seguíanla todos los demas; y otra cosa no se oia que sollozos, llantos y suspiros. Llegaron al sepulcro, que era nuevo y grande, hecho en una peña, que segun dice el venerable Beda, era de color blanco y rubio. Aquí entraron todos, que era muy capaz, y poniendo el sacrosanto cuerpo en un nicho, postrándose todos de rodillas con la sacratísima Madre Virgen, le adoraron con grande reverencia y llanto. Y miéntras prosigue la adoracion, ve tú considerando todas las circunstancias, y sacando de ellas la doctrina que necesitas. Considera lo primero, que, como dice San Juan, el monumento estaba en un huerto; y como dice Santo Tomas mi padre, era representacion del paraíso. Vive nuestro Señor entre persecuciones, trabajos y amarguras: muere entre afrentas, espinas, clavos y cruz, y despues de la muerte descansa en al ameno huerto del paraíso. Imítale en vida, si quieres acompañarle despues en la muerte en el descanso de su gloria.

368. Considera cómo el sepulcro estaba hecho en una peña viva, como dice el evangelio, y de color blanco y rubio, como dice Beda: y todo es misterio; porque, como dice San Agustín, el sepulcro significa el humano corazón, en donde

descansa el Señor; y este, como dice San Juan Crisóstomo, ha de ser firme, fuerte y constante en los buenos propósitos: ha de carecer de toda blandura, regalo y deleite: no ha de ser como arena y polvo, que se deja llevar del viento de la vanidad: no como tierra, que con el agua se vuelve lodo; sino como una peña en la fortaleza, como una piedra, que por mas agua que la echen, no se ablanda ni se deshace, y como un risco, que se tiene firme contra todos vientos: y á esto se ha de juntar lo cándido de la pureza y lo rubicundo del amor: estos corazones escoge el Señor, y en ellos duerme y descansa. Considera que el santo sepulcro no se componia de muchas, sino solo de una firmísima peña: la union de la caridad y la uniformidad de la vida es la que trae á su divina Magestad el alma: huye el Señor de las divisiones y de las discordias, porque es príncipe de la paz; y así, si quieres que more en tu corazon, conserva la paz con Dios y con los hombres, y la uniformidad de vida: porque si ya eres uno, ya otro, ya te recoges, ya te derramas; esta variedad te privará de que goces aquel divino tesoro.

369. Considera que el sepulcro era nuevo, y ningun muerto lo habia estrenado. Ahí se va á descansar el Señor, porque, como dice San Gerónimo, era representacion de nuestra Señora, en quien jamas entró la muerte de la culpa; y por eso en solo esta gran Reyna descansó perfectamente la divina Magestad. Has de procurar imitar su pureza; y si tu corazon ha sido profanado de la muerte de la culpa, procura con todas veras renovarlo, limpiarlo y purificarlo; y mas si pretendes recibir en ti al cuerpo del Señor por la santa comunión. Mira la inmensa dureza con que María santísima le recibió en sus entrañas, y con grandes instancias pídele que te ayude á purificar tu alma para recibirle dignamente. Considera que enterrado el Señor, le pusieron al sepulcro una grande piedra, y fuera de eso, lo cerraron y sellaron con candados, y cercaron de guardias, para que entiendo, dice San Hilario, que habiendo recibido en ti el santísimo cuerpo del Señor, has de cerrar la entrada del alma, que son los sentidos; con gran firmeza has de echar á cada uno su candado, y poner diligente guarda para que cosa ninguna entre que te la pueda inquietar. Haz cuenta que tienes dentro de ti un gran tesoro, y que si te descuidas con las puertas, se han de entrar los ladrones mundo, demonio y criaturas, y te lo han de robar. Considera por último

lo que dice el evangelio, que el sepulcro donde fué sepultado el Señor no era suyo, sino de Josef. Mira qué grande egemplo te da el Salvador: era Señor universal y Criador de todas las cosas, y viviendo dijo, que ni en que pudiese reclinar su cabeza tenia. Ni casa, ni cama, ni descanso tuvo en su vida; y en la muerte ni mortaja, ni sepulcro; de manera, que ni en vida ni muerte tuvo cosa propia en que descansar. Era suyo el mundo; y de él ni para la muerte se apropió cosa alguna. Quiso siempre ser mendigo de lo que era suyo propio, para darte á ti egemplo, y condenar tu codicia y avaricia. ¿Pero para qué queria el Señor propia sepultura, si no habia de morir por sí propio, sino por los hombres, dice San Agustin? Como quien dice: ¿para qué me tengo de prevenir de sepultura, si no muero por mí? Muero por los hombres: ellos me la dispondrán en su corazon. Ea, alma, á tu cuidado dejo la preparacion de su sepulcro y descanso: ya ves cuánto se ha cansado y fatigado por tu amor, cuánto ha padecido por tu causa: será justísimo que tú cuides de que descansa ahora, y así le puedes decir: baste ya de penas y trabajos, Dios mio: aquí teneis mi alma y corazon desocupado de cuanto el mundo tiene: entraos á descansar, Señor mio, que yo trabajaré por guardáros. Justo es, Dios mio, que pues vos trabajásteis hasta la muerte por mí, y estando yo dormido, en la mayor fuga de vuestros trabajos me digisteis, que durmiese y descansase: ahora os digo yo lo mismo: dormid ya, y descansad, que yo me expongo á trabajar y velar por vos hasta morir.

370. Considera cómo habiendo cerrado el sepulcro, se volvió nuestra Señora con los santos que la acompañaban al cenáculo, dejando su vida, su corazon y su alma sepultada con el Señor; y como medita San Buenaventura, volvió por el Calvario, y postrada en tierra, adoró la santísima cruz y la divinidad en la sangre derramada con inmenso dolor y pena. Pasó á Jerusalem por la calle de la Amargura, por donde habia venido su santísimo Hijo; y en el camino, donde hallaba derramada la sangre, se hincaba de rodillas, y adoraba en ella á la divinidad con incomparable dolor de su corazon, viendo pisada de los hombres la sangre, que era el precio de todo el mundo. Llegaron al cenáculo, y allí postrados á sus piés todos aquellos santos, se le ofrecieron con cuanto podian, y valian, á vivir y morir por su Magestad; y la gran Señora se volvió á ellos con aquel corazon invenci-

ble, y con palabras de grande edificacion les agradeció lo que habian hecho en servicio del Señor: confortólos en la fé de la resurreccion y divinidad de su santísimo Hijo: ofrecióles su intercesion para con su divina Magestad, y á instancias de ellos les echó su santísima bendicion, y los envió consoladísimos á sus casas; y su Magestad se encerró en una sala á pasar á solas los desamparos de su soledad. No te vayas tú, devoto suyo, quédate allí á la puerta de la sala, sin apartarte un punto; porque se ha de ver muy afligida tu Señora, y será bueno que halle allí á quien llamar, para lo que se le pudiere ofrecer; y caso que no te llame, no perderás nada en observar lo que le pasa.

371. Considera en aquel encerramiento á la dolorosísima Madre; y tú estando de la parte de afuera, coge aquellas palabras de Jeremías, que ellas te darán luz para saber lo que pasa por tu Señora en su soledad; y así di, como inquirendo: ¿cómo ó de qué manera estará sola la ciudad llena de pueblo? La sacratísima Virgen, gloriosa ciudad y habitacion de Dios, llena de pueblo, porque todos los pueblos y naciones la veneran Señora de las gentes, Princesa de las provincias reynos y señoríos del mundo; porque es Reyna de cielos y tierra esta gran Señora; ¿cómo estará sola en aquel retiro? Está como viuda, como huérfana y como sola en este mundo: sola, porque le faltó el Hijo, que era todo su consuelo: viuda, porque le faltó su Esposo, el mas amante que ha habido ni habrá: huérfana, porque le faltó el Padre y la Madre, que uno y otro era para nuestra Señora su santísimo Hijo. Está desconsolada y llena de desconsuelo; porque de todos sus amigos, ninguno hay que la consuele; porque ni los ángeles ni los hombres son bastantes á consolarla: solo el ángel del gran consejo y el Hijo del hombre la puede consolar; y ese, que siendo uno, era todas las cosas para su Magestad, la dejó entre angustias; y tantas, que como reveló el Hijo y la Madre á mi padre Santo Domingo y al beato Alano de Rupe, cien veces llegó á agonizar en aquellas cuarenta horas: llegaba á términos de espirar; y Dios, con especial providencia la confortaba: volvía en sí, y volvía la dolorosa memoria de la muerte, pasion, penas y tormentos de su santísimo Hijo, y volvía á renovarse el dolor y crecer hasta ponerla en agonía y á punto de morir: acudia Dios milagrosamente, como volviéndole el alma al cuerpo; mas como no podia olvidar al Hijo santísimo, volvía otra vez la agonía; y

así, muriendo y reviviendo pasó aquellas cuarenta horas que estuvo ausente su divino Hijo: de manera, que habiendo sido ciento las agonías, vino á agonizar mas de dos veces cada hora. Mira si fuera bastante agonizar y ver la cara á la muerte una sola vez en cuarenta horas; ¿pero cien veces? Es cosa estúpida, y que solo de esa manera podemos venir en conocimiento de sus dolores y desamparo. Mira cómo el Señor carga la mano á su Madre santísima, y cómo al paso que la queria sobre todas las criaturas, á ese mismo paso la aflige mas que á todas. Si te vieres afligido, ánimo con este egeemplo, así de la Madre, como del Hijo, que fuéron los dos mas atribulados que ha habido en el mundo. Si reparatieren contigo algo de sus penas, tente por el mas dichoso y favorecido de los hombres; pues te admite el Señor á la mesa de sus angustias, en donde cuantos se sientan son especialísimos amigos de su divina Magestad.

De Jesus y María los dolores
nunca se aparten de nuestros corazones.
Peccavi, Domine, miserere mei.